

CAPÍTULO 2: REVELACION Y TEOLOGÍA

A la luz de lo visto en el capítulo anterior, buscamos ofrecer una definición de teología más completa y explícita que la formulación válida, aunque extremadamente concisa, de San Anselmo. Podemos entonces decir que «la teología es una reflexión científica sobre la Revelación divina que la Iglesia acepta por la fe como verdad salvadora universal»¹. Es interesante examinar esta definición en detalle, destacando la presencia de las características de la teología que hemos derivado de su desarrollo histórico.

a) En primer lugar, reconocemos que están presentes los elementos estructurales de la práctica teológica: la coexistencia de la fe y la razón, y la referencia esencial a la Escritura y la Tradición. De hecho, la fe se considera el presupuesto fundamental que permite a la Iglesia (y al teólogo individual) aceptar la Revelación; mientras que la razón es responsable de la «reflexión científica» sobre la verdad revelada, aceptada por la fe. Aquí encontramos un fuerte énfasis en el carácter científico de la teología.

La mención de la Escritura y la Tradición como referencias fundamentales para el trabajo teológico no aparece explícitamente; sin embargo, están presentes implícitamente cuando se habla de la «Revelación divina aceptada por la Iglesia». Como veremos con más detalle más adelante, el concepto de Revelación es superior al contenido de la Escritura y la Tradición, al ser la comunicación de Dios de su propia vida personal; pero es en la Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia donde la Revelación se conserva y recoge, permanece intacta para siempre y llega a todas las generaciones.² La Escritura y la Tradición son «un único depósito sagrado de la palabra de Dios confiado a la Iglesia».³

Este aspecto de la definición que comentamos se aclara aún más en la formulación del concepto de teología que ofrece la Instrucción *Donum Veritatis*, que afirma que tiene la función de «adquirir... una comprensión cada vez más profunda de la Palabra de Dios contenida en la Escritura, inspirada y transmitida por la Tradición viva de la Iglesia».⁴

b) La definición destaca que la Revelación divina es aceptada por la fe como verdad salvadora universal: aquí reside la raíz de las demás características de la teología que destacamos en el capítulo anterior.

Como verdad salvadora y revelada, concierne estrechamente a la humanidad, iluminando el sentido de nuestra vida y nuestro destino eterno: por su propia

¹ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Teología hoy* (2012), n. 5

² CONCILIO VATICANO II, DV n. 7

³ CONCILIO VATICANO II, DV n. 10

⁴ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum Veritatis*, n. 6.

naturaleza, debe ser proclamada y hecha comprensible para todo ser humano. Esta proclamación, y la catequesis necesaria, son tarea de toda la Iglesia y de la teología como función eclesial.

Como verdad revelada universal, es válida para todas las personas de todos los tiempos: es capaz de penetrar toda situación vital y toda cultura. De este encuentro posible, incluso necesario, entre la verdad y la historia concreta de la humanidad derivan el carácter histórico y el sano pluralismo de la teología.

La teología, por tanto, es una reflexión racional sobre la Revelación divina aceptada en la fe de la Iglesia. Ha llegado el momento de examinar de modo ordenado y sistemático los diversos aspectos que constituyen la ciencia teológica, comenzando por esclarecer su objeto: la Revelación y, en particular, su centro, Dios.

1. DIOS, SUJETO TRASCENDENTE Y PERSONAL DE LA TEOLOGÍA

Acabamos de decir que la Revelación divina es objeto de reflexión teológica. Pero si examinamos más detenidamente qué es la Revelación, nos damos cuenta fácilmente de que su contenido es esencialmente Dios: Dios revelándose a sí mismo y su plan de amor para la humanidad. Según la hermosa formulación del Concilio Vaticano II⁵:

En su bondad y sabiduría, Dios quiso revelarse y dar a conocer el misterio de su voluntad (cf. Ef 1,9), por el cual la humanidad, a través de Cristo, el Verbo hecho carne, tiene acceso al Padre en el Espíritu Santo y llega a participar de la naturaleza divina (cf. Ef 2,18; 2 P 1,4). Con esta Revelación, de hecho, el Dios invisible (cf. Col 1,15; 1 Tm 1,17), en su gran amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15) y conversa con ellos (cf. Bar 3,38), para invitarlos y acogerlos en la comunión consigo.

La Revelación se describe aquí como un diálogo entre Dios y el hombre, en el que Dios se da a conocer «en persona» y manifiesta también «el misterio de su voluntad»: la voluntad de salvar al hombre poniéndolo en comunión consigo mismo. La *realidad* se revela en los signos —acontecimientos y palabras (cf. *Dei Verbum*, n. 2)— que constituyen la Revelación es, por tanto, Dios mismo. Dado que la teología es una reflexión científica sobre la Revelación divina recibida en la fe, el sujeto fundamental de la teología, su objeto, es, por tanto, Dios.

⁵ CONCILIO VATICANO II, DV, 2

La teología estudia su objeto —Dios— a la luz de la Revelación que Él ha hecho de sí mismo. En un lenguaje un poco más técnico, según la terminología clásica, podemos decir que la teología busca comprender su objeto material (Dios) gracias a la luz (la *ratio intelligibilis* u objeto formal) que nos ofrece la Revelación⁶. La distinción entre el estudio filosófico de Dios y el estudio teológico se basa precisamente en la diferente luz bajo la que se investiga el mismo tema: la de la razón natural en el primer caso, la de la Revelación divina en el segundo.

Ahora bien, surge necesariamente una primera pregunta. El objeto de la teología es Dios considerado a la luz de la Revelación que Él mismo ha hecho de sí mismo; no simplemente Dios como término de un recorrido filosófico que comienza con el conocimiento de las cosas creadas. Pero la Revelación misma declara la absoluta santidad y trascendencia de Dios, tal como Él es en sí mismo. La afirmación de que el misterio de Dios es inherentemente inaccesible a la razón humana está tan presente en la Sagrada Escritura que ni siquiera es necesario insistir en ella; Él habita en una luz inaccesible, sus caminos son inescrutables: «Tu conocimiento es maravilloso para mí, demasiado alto para mí, demasiado inaccesible»⁷. Por lo tanto, ni los conceptos derivados por el intelecto humano del conocimiento de las criaturas, ni las palabras e imágenes que ofrece la propia Revelación, son suficientes para representar adecuadamente la Realidad que es el Dios trino: el objeto de la teología, o más propiamente su Sujeto, no se reduce en absoluto a los conceptos teológicos empleados para intentar iluminar su misterio.

Por lo tanto, cuando plantea la cuestión de si Dios mismo es objeto de la ciencia teológica, Santo Tomás es muy consciente de que la esencia de Dios —«*quid sit*»⁸— es incognoscible dado que el hombre conoce por fantasmas. Pero sostiene que podemos investigar cosas sobre Dios considerando los «efectos de la naturaleza y la gracia producidos por Él» [*utimur tamen eius effectum... vel naturae vel gratiae*⁹]. Además, las verdades de fe ciertamente no pueden demostrarse, pero, una vez aceptadas en la fe, pueden ser cada vez más conocidas mediante símiles y otros argumentos.¹⁰

Dada la singularidad de su objeto, la teología, como ciencia, posee características únicas en comparación con otras ciencias, que también determinan la

⁶ Cuando se habla de “luz” entendemos aquello que Tomás llama la *ratio intelligibilis*, la razón de inteligibilidad, es decir el principio por el cual el objeto de estudio (en nuestro caso Dios) resulta inteligible, cognoscible. En términos clásicos, tal razón de inteligibilidad se denomina *objeto formal*: se trata en efecto de la forma que el sujeto estudiado posee y por el cual nos parece inteligible (por esto se dice *objeto formal*); y se dice *objeto* (formal) porque es propiamente aquello que nosotros estudiamos y examinamos.

⁷ Sal 139 (138) 6

⁸ Que hace que un ser sea lo que es.

⁹ Sin embargo, utilizamos su efecto... ya sea por naturaleza o por gracia.

¹⁰ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Super Boeth. De Trinitate*, q.2, a.2, ad 7.

especificidad de su método.¹¹ Ahora queremos destacar dos dimensiones del misterio de Dios que son fundamentales para comprender la forma correcta de practicar la teología: la trascendencia y la naturaleza personal de Dios.

Dios trasciende todo lo creado y todo concepto humano, «incluso las palabras humanas que Él mismo ha elegido revelarse. Esto no se debe a que Dios tenga límites, sino a que no hay palabra capaz de expresarlo perfectamente».¹² Por lo tanto, acercarse a su Revelación requiere humildad y una constante apertura de mente y corazón. No estamos ante un objeto que podamos descifrar y poseer, sino ante la Verdad misma, el Significado de todo, incluida nuestra existencia: por lo tanto, «el creyente no es arrogante; al contrario, la verdad lo humilla, sabiendo que, más que poseerla, es la verdad la que nos abraza y nos posee».¹³ Y de esto, el creyente teólogo debe tener una percepción y una conciencia particularmente agudas.

Esta humildad de razón y corazón se atestigua en la espléndida oración que cierra *De Trinitate* de Agustín:

«Líbrame, oh Dios mío, de la multitud de palabras que sufro en mi alma abatida en tu presencia... Hablando de ti, un sabio en su libro, llamado Eclesiástico, dijo: Podríamos decir muchas cosas y nunca terminar; pero en conclusión: “¡Él lo es todo!”» (Eclo 43,27). Por lo tanto, cuando lleguemos a tu presencia, cesaremos con estas muchas palabras que pronunciamos sin alcanzarte; permanecerás, solo, todo en todos (1 Cor 15,28), y sin cesar diremos una sola palabra, alabándote con un solo impulso y haciéndonos uno en ti, Señor, un solo Dios, Dios Trinidad.¹⁴

La naturaleza personal de Dios también conlleva una implicación fundamental. Dios no es un objeto inerte, una fuerza ciega, ni un Absoluto carente de relaciones. El Dios vivo y verdadero, que se reveló plenamente en Cristo, el Verbo encarnado, vive una comunión personal en su intimidad trinitaria y se ofrece en relación con sus criaturas racionales. Por lo tanto, el misterio de un Dios personal no puede conocerse verdaderamente fuera de una relación personal con Él. «A diferencia de otras disciplinas que pueden nombrar la palabra Dios (historia de las religiones, filosofía, literatura, etc.), la teología no puede abordar su tema excepto de una manera desafiante y atractiva.¹⁵ Por esta razón también, es muy importante que la reflexión

¹¹ A partir de ahora conviene destacar el carácter esencialmente apofático de la teología, es decir, el hecho de que las afirmaciones que las fórmulas tienen que ver con Dios, siendo verdaderas, son muy distantes de explicar la infinita perfección; la distancia es mayor de la semejanza respecto a la esencia divina. La palabra apofático es derivada del griego απο (lejano, distante) + φημί (hablar).

¹² L. F. MATEO-SECO, voz “Dios” en C. IZQUIERDO (dir.), J. BURGGRAF, F. M. AROCENA, *Diccionario de Teología*, EUNSA, Pamplona 2006, 235.

¹³ FRANCISCO, *Lumen Fidei*, n. 34

¹⁴ AGUSTÍN, *De Trinitate*, 15, 28, 51.

¹⁵ G. TANZELLA-NITTI, *Lezioni di Teologia Fondamentale*, Aracne, Roma 2007, 6.

teológica esté unida a la experiencia personal de fe y a la unión con Dios en la oración y en la conducta de la vida. En palabras del Papa Francisco, «el teólogo es aquel que Estudia, piensa y reflexiona, pero lo hace de rodillas. Hacer teología de rodillas, como los grandes Padres. Los grandes Padres que pensaron, oraron, adoraron, alabaron: una teología sólida, que es el fundamento de todo desarrollo teológico cristiano».¹⁶

Como observó H. de Lubac, solo se puede creer, en el pleno sentido de la palabra, es decir, confiándose por completo a otra persona, si esa persona «es a la vez un ser personal y un ser absoluto; en resumen, solo se puede creer en Dios».¹⁷ Solo en Él y en Él se puede creer verdaderamente; y solo en una fe vivida de esta manera la reflexión teológica encuentra el terreno propicio para dar los mejores frutos.

2. CRISTOCENTRISMO DE LA TEOLOGIA

Después de haber hablado repetidamente y de diversas maneras por medio de los profetas, Dios «finalmente en estos días nos ha hablado por medio de su Hijo» (Heb 1,1-2). Envío a su Hijo, el Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que habite entre ellos y les revele los secretos de Dios (cf. Jn 1,1-18). Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, enviado como «hombre a los hombres» (*Ad Diognetum*, 7,4), «pronuncia las palabras de Dios» (Jn 3,34) y lleva a su plenitud la obra de salvación que le encomendó el Padre (cf. Jn 5,36; 17,4). Por tanto, al ser visto el Padre también es visto (cf. Jn 14,9), completa y perfecciona la Revelación con el hecho mismo de su presencia y con la manifestación que hace de sí mismo en palabras y obras, en signos y milagros, y especialmente con su muerte y resurrección de entre los muertos, y finalmente con el envío del Espíritu de la verdad. Lo confirma con el testimonio divino de que Dios está con nosotros para liberarnos de las tinieblas del pecado y la muerte y para resucitarnos a la vida eterna. La economía cristiana, por lo tanto, como Alianza nueva y definitiva, jamás pasará, y no cabe esperar ninguna otra Revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1 Tim 6,14 y Tit 2,13).¹⁸

Este párrafo de la constitución conciliar *Dei Verbum*, que hemos citado íntegramente, destaca el papel central de Cristo en la economía de la Revelación: la completa y la lleva a su plenitud. Toda la historia previa de Dios con su pueblo se entiende como una preparación para la Revelación evangélica realizada por Cristo, «quien es a la vez mediador y plenitud de toda Revelación».¹⁹

¹⁶ FRANCISCO, *Discurso a la Asociación Teológica Italiana*, 29 de diciembre de 2017.

¹⁷ H. DE LUBAC, *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2002,

¹⁸ CONCILIO VATICANO II, DV, 4

¹⁹ CONCILIO VATICANO II, DV, 2

Por lo tanto, si es cierto que el objeto de la teología es Dios, visto a la luz de la Revelación, esto significa al mismo tiempo que el objeto de la teología es Cristo: él es, de hecho, la Revelación en persona; al verlo, vemos al Padre; en él, tenemos acceso al misterio de la Trinidad. La teología, por consiguiente, tiene un carácter esencial cristocéntrico, que concuerda perfectamente con su carácter teocéntrico; de hecho, es su determinación. «El teocentrismo cristiano consiste propiamente en el Dios trinitario y éste sólo nos es conocido en Jesucristo por Revelación, por una parte el conocimiento de Jesucristo lleva al conocimiento de la Trinidad y alcanza su plenitud en el conocimiento de la Trinidad; por otra parte no se da conocimiento del Dios trino sino en el conocimiento mismo de Jesucristo. De ello se sigue que no hay distinción alguna entre teocentrismo y cristocentrismo, sino que ambos designan la misma realidad».²⁰ Destaquemos dos consecuencias que se derivan del principio cristológico que acabamos de mencionar:

Primero, la teología cristiana debe situar el misterio de Cristo en el centro de su atención, reconociendo su singularidad: él es en persona el Verbo de Dios, el Verbo Encarnado. Por lo tanto, «la Iglesia venera profundamente las Escrituras, pero es importante reconocer que la fe cristiana no es una “religión del Libro”; el cristianismo es la “religión de la Palabra de Dios”, no de “una palabra escrita y silenciosa”, sino de la Palabra encarnada y viva».²¹ Esto significa que la teología se nutre no solo de las Escrituras, sino también de la Tradición viva de la Iglesia, que «transmite la palabra de Dios en su totalidad».²²

En segundo lugar, sería inútil y engañoso emprender intentos teológicos que, en un afán por encontrar puntos en común para el diálogo con culturas y religiones no cristianas, prescindan de Cristo. A este respecto, conviene recordar lo expresado en la Declaración *Dominus Iesus*:

«Es... contrario a la fe de la Iglesia sostener que la Revelación de Jesucristo, complementaria a la que se encuentra en otras religiones, es limitada, incompleta e imperfecta. La razón subyacente de esta afirmación se basa supuestamente en el hecho de que la verdad acerca de Dios no puede ser comprendida ni manifestada en su totalidad y plenitud por ninguna religión histórica, y por lo tanto ni siquiera por el cristianismo, ni siquiera por Jesucristo. Esta postura contradice radicalmente las anteriores afirmaciones de fe, según las cuales en Jesucristo se da la Revelación plena y completa del misterio salvífico de Dios».²³

La explicación del documento sobre la compatibilidad entre los límites intrínsecos de la condición humana de Cristo y su capacidad para expresar plenamente el misterio de Dios es importante. Por lo tanto, las palabras, las obras y todo el acontecimiento histórico de Jesús, si bien limitados por su naturaleza humana, tienen, no obstante, como sujeto a la Persona divina del Verbo Encarnado, «verdadero Dios y verdadero hombre» (Concilio de Calcedonia), y por consiguiente, contienen en sí mismos la Revelación definitiva y completa de los caminos de salvación de Dios, aun cuando la profundidad del misterio

²⁰ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Teología, cristología, antropología*, (1981), B. 1.2

²¹ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Teología hoy* (2012), n. 5

²² CONCILIO VATICANO II, DV, 9.

²³ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus* (2000), no. 6.

divino mismo permanezca trascendente e inagotable. La verdad acerca de Dios no se anula ni se disminuye por ser expresada en lenguaje humano. Al contrario, permanece única, plena y completa porque quien habla y actúa es el Hijo de Dios encarnado. Por esta razón, la fe exige que profesemos que el Verbo hecho carne, en todo su misterio, que va desde la Encarnación hasta la glorificación, es la fuente común pero real y la plenitud de toda Revelación salvadora de Dios a la humanidad (cf. Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 4), y que el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo, nos enseñará Los apóstoles y, a través de ellos, toda la Iglesia de todos los tiempos, esta «verdad entera» (Jn 16,13).²⁴

3. EXTENSIÓN DEL OBJETO DE LA TEOLOGÍA

Incluso a simple vista, resulta evidente que la teología no se centra exclusivamente en Dios, sino que abarca numerosos temas, como la doctrina de la creación, los ángeles, el hombre y su destino futuro, la Iglesia, la Virgen María, los sacramentos, etc. Santo Tomás de Aquino se propuso demostrar que, a pesar de la amplitud de temas que cubre la teología, se trata de una sólida ciencia, cuyo único objeto es, como se ha dicho, Dios. Responde que, de hecho, la teología es una sola ciencia porque «no trata a Dios y a las criaturas por igual, sino a Dios principalmente, y a las criaturas en la medida en que se refieren a Dios, en cuanto a su principio o fin».²⁵ Por lo tanto, la teología no es una colección de tratados diversos —antropología, eclesiología, moralidad, etc.—. Posee una unidad fundamental porque todas las realidades que trata se consideran en relación con Dios (que es su principio y su fin) y a la luz de lo que Él ha revelado.

En las Escrituras, las afirmaciones sobre Dios siempre conllevan consecuencias para la humanidad: se puede decir que el misterio del hombre y su existencia se ilumina mediante la Revelación, y que Dios no desea ocultar nada de su misterio. Así, por ejemplo, la afirmación de que el Señor es «un Dios celoso» (Deut. 5:9) enseña a la humanidad que la preocupación principal de Dios no radica en que lo cambien por otros dioses; sino más bien, que el pueblo al Él le manifestó que está dispuesto a todo por liberarlos, que la idolatría del hombre no deforme ese rostro. Lo mismo acontece con el tema de «la ira del Señor», a la que el Antiguo Testamento se refiere varias veces, es una forma de manifestar antropomórficamente la reacción de lo que el pecado representa para el hombre.

Todo esto implica también que el objeto de la teología no es estrictamente idéntico al de la fe, sino que es más amplio. El objeto de la fe es el contenido de la Revelación, mientras que la teología también puede tratar realidades que no son objeto de la Revelación, pero que pueden ser iluminadas por ella. Del mismo modo, puede suceder que verdades conocidas a través de otras ciencias contribuyan a iluminar el contenido

²⁴ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus* (2000), no. 6.

²⁵ Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q.1, a.3, ad 1.

de la fe. Consideremos la reflexión teológica que se centra en aspectos fundamentales de la vida humana: la naturaleza social del hombre, las relaciones entre los pueblos, la naturaleza de la familia, los innumerables aspectos relacionados con la santificación de la vida cotidiana, el trabajo y las relaciones humanas, cuestiones relacionadas con la bioética, etc. «La consideración de estas realidades [por la teología] no solo no constituye un olvido de Dios, sino que por el contrario, implica una visión del mundo en la que Dios y la realización de su Reino son el primer don e intención».²⁶

Juan Alfaro, en una reflexión posterior al Concilio Vaticano II, reconoce que la teología posterior a la segunda Guerra Mundial, se encuentra en un proceso de evolución acelerado, ya que ha tomado conciencia de la historia de la Salvación que la ha hecho valorar la realidad concreta en la que el cristiano vive y actúa su fe, al hacerlo, ha regresado a su centro a Cristo quien ilumina el misterio del hombre²⁷. El Concilio Vaticano II confió a la Iglesia la tarea de «escuchar e interpretar» las voces de nuestro tiempo a la luz de la Palabra de Dios, porque la Verdad revelada pueda ser comprendida más profundamente²⁸.

En cualquier caso, conviene recordar que el objeto principal de la teología es Dios, visto a la luz del conocimiento que Él tiene de sí mismo, es decir, a la luz de la Revelación. El riesgo de una teología que se distrae atendiendo a las mil preguntas que plantea la vida humana en el mundo actual es el de perder su centro y su fuente de luz. La teología debe, al igual que la Iglesia en su conjunto, mantener la atención en el misterio de Dios y presentarlo constantemente al mundo. A su luz, también es posible ofrecer respuestas verdaderas a las necesidades humanas. «Hablar de Dios significa, ante todo, tener muy claro lo que debemos ofrecer a los hombres y mujeres de nuestro tiempo: no un Dios abstracto, una hipótesis, sino un Dios concreto, un Dios que existe, que ha entrado en la historia y está presente en ella; el Dios de Jesucristo como respuesta a la pregunta fundamental del porqué y el cómo de vivir».²⁹

²⁶ J. Morales, Introducción a la Teología, EUNSA

²⁷ Como posteriormente lo concretará *Gaudium et Spes*, n. 22: “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”.

²⁸ El sacerdote jesuita en el mismo artículo se aventura a dar una definición actualizada de la teología: como una reflexión hermeneútica de la fe sobre sí misma, es decir, sobre la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura, comprendida y transmitida por la tradición eclesial que tiene su expresión privilegiada en las definiciones del Magisterio: una reflexión llevada a cabo con la ayuda de la filosofía y de las ciencias humanas, que tiene en cuenta la cultura y la situación actual de la humanidad, y que busca la comprensión unitaria del contenido revelado formulada en conceptos y lenguaje accesible al hombre de hoy. Todo ello al servicio de la unidad y de la praxis de la comunidad eclesial. (Cfr. J. ALFARO, *Hacer teología hoy en Revelación cristiana, fe y teología*, Sígueme, Salamanca 1985, 149).

²⁹ Benedicto XVI, *Audiencia general*, 28 de noviembre de 2012.

4. LA REVELACIÓN Y LA IGLESIA: LA COMUNIDAD DE CREYENTES COMO ESPACIO PARA LA COMPRENSIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

La relación inmediata entre Cristo y Dios —fundada en la identidad personal de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre— nos permite comprender fácilmente la naturaleza *cristocéntrica* de la teología como una especificación de su carácter *teocéntrico*. Debemos ahora destacar otra característica fundamental de la teología, derivada del hecho de que la fuente de la reflexión teológica es la Revelación personal e histórica de Dios a su pueblo: la teología tiene un carácter esencialmente eclesial. Es útil aclarar inmediatamente qué entendemos por esta expresión.

Teóricamente, se podría hipotetizar una actividad teológica llevada a cabo individualmente, asumiendo los datos de la Revelación contenidos en la Sagrada Escritura y la Tradición, y aplicando la razón a estos datos en un intento de comprenderlos más profundamente, independientemente de la interpretación ofrecida por la Iglesia en la mente de los fieles y en su Magisterio. Tras un análisis más profundo, esta forma de operar, aunque no siempre declarada ni consciente, existe y se encuentra incluso en la producción teológica reciente, tanto que no es raro hallar posturas teológicas que entran en conflicto con las enseñanzas del Magisterio o, en todo caso, que no armonizan con la doctrina católica. La Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *Donum Veritatis*, publicada en 1990, tuvo como objetivo, por lo tanto, «iluminar la misión de la teología en la Iglesia», describiendo el papel de los teólogos y pastores y ofreciendo «algunas indicaciones sobre la relación adecuada entre ambos» (n.º 1). El documento afirma que «entre las vocaciones despertadas por el Espíritu en la Iglesia, destaca la del teólogo, cuya función, en particular, es adquirir, en comunión con el Magisterio, una comprensión cada vez más profunda de la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura inspirada y transmitida por la Tradición viva de la Iglesia» (n.º 6). Incluso recientemente, la Comisión Teológica Internacional recordó que «un criterio de la teología católica es que tiene como fuente, contexto y norma la fe de la Iglesia».³⁰ Estos recordatorios bastan para demostrar la importancia de una correcta comprensión de la teología como actividad eclesial, una actividad que, si bien necesariamente la lleva a cabo el teólogo individual, requiere por su propia naturaleza —para ser teología auténtica— una profunda comunión, de pensamiento y de vida, con la Iglesia.

Para comprender plenamente la necesidad de dicha comunión, podemos seguir varios caminos. Hay dos, a nuestro parecer, principales: 1) observar cómo la Revelación tiene un vínculo constitutivo con la comunidad creyente del Antiguo Testamento y, posteriormente, del Nuevo Testamento, es decir, con la Iglesia: por consiguiente, la teología, reflexión creyente sobre la Revelación, debe mantener el mismo vínculo constitutivo con la Iglesia; 2) reflexionar sobre la naturaleza de la fe

³⁰ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La teología hoy* (2012), no. 15

del creyente individual, para descubrir que no es «autónoma» ni «independiente» con respecto a la fe de la Iglesia; al contrario, en palabras de Ratzinger, «creer es siempre, por su propia naturaleza, “creer junto con” toda la Iglesia»³¹: por consiguiente, la teología solo puede ser una «reflexión creyente con toda la Iglesia». En este párrafo, nos centraremos en el primero de los dos caminos señalados, reservándonos el derecho a desarrollar el segundo cuando abordemos específicamente la fe en el contexto del trabajo teológico.

4.1 La recepción y preservación de la Revelación

Lo que caracteriza las tradiciones judeocristianas es la afirmación de la intervención de Dios en la historia. Esta intervención se produjo en muchos tiempos y de muchas maneras, con «acontecimientos y palabras íntimamente conectados»,³² en los que Dios se reveló a la humanidad para invitarnos a la comunión consigo mismo. Podríamos analizar las múltiples manifestaciones de la autorrevelación de Dios: en las obras de la naturaleza, en los acontecimientos históricos del pueblo de Israel, en las palabras y vidas de los profetas, o en las reflexiones sapienciales, hasta los acontecimientos y palabras decisivos de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. De este modo, entraríamos en estrecho contacto con la realidad de la Revelación, para comprender sus dimensiones fundamentales: su carácter como palabra dirigida a la humanidad, como diálogo, como testimonio, como encuentro, y así sucesivamente.³³ Nuestro propósito, sin embargo, es diferente: aquí queremos destacar el vínculo constitutivo que existe entre la Revelación de Dios y la Iglesia. Por lo tanto, en lugar de analizar la Revelación en sí, intentaremos observar cómo fue *reconocida* como auténtica; cómo fue *preservada y transmitido* a lo largo del tiempo, y finalmente quién es el *sujeto* que recibió y preservó la memoria de la Revelación.³⁴

Si analizamos los acontecimientos individuales de la historia de la salvación, podemos comprender que, incluso cuando su protagonista era un solo hombre (Abraham, Jacob, Moisés, David, reyes, profetas, o aún más —en el Nuevo Testamento— la Virgen María o el mismo Jesús), receptor de una comunicación divina o autor de acciones significativas, tales acontecimientos se reconocían como *destinados a todo el pueblo de Dios*, y precisamente como tales, se conservaron en la memoria de la comunidad creyente. Se entendieron y recordaron como momentos de la acción de Dios en la historia de su pueblo. La historia de Abraham, a quien Dios eligió para formar un pueblo que sería fuente de bendición para todos los pueblos, se

³¹ J. RATZINGER, *Natura e compito della Teologia*, Jaca Book, Milán 1993, 84.

³² CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, n. 2.

³³ Cfr. R. LATOURELLE, *Teología de la Revelación*

³⁴ Cuando hablamos de Revelación es indispensable hablar más que del sujeto que se manifiesta (Dios) también de un sujeto que es el destinatario. En cuanto *comunicación*, de hecho, la Revelación que parte de Dios no se podría realizar si no fuese acogida y comprendida por un sujeto humano.

ha conservado así. Las obras y palabras de Moisés, quien habla al pueblo en nombre de Dios y los guía hacia la tierra donde pueden vivir y adorar a Yahvé, con quien ha hecho un pacto, permaneciendo fiel a su ley. De igual modo, se conservaron las palabras de los profetas que, con el tiempo, recordaron al pueblo la Alianza, llamándolos a la fidelidad a Yahvé, etc.

La memoria de este conjunto de acontecimientos, de comunicaciones divinas y de su comprensión e implementación por parte de individuos y de todo el pueblo de Israel, formó gradualmente las tradiciones que luego fueron escritas, dando origen a los libros de la Biblia. Es significativo que incluso algunas enseñanzas e invocaciones proféticas que en su momento no fueron reconocidas por el pueblo o sus líderes como provenientes de Dios, fueron posteriormente comprendidas por la comunidad creyente (también a la luz de acontecimientos que, al cumplirse, demostraron la veracidad de las palabras proféticas) como la auténtica palabra de Dios, y conservadas como Sagrada Escritura. Por lo tanto, podemos afirmar que el reconocimiento de las intervenciones de Dios en la historia de su pueblo —intervenciones que en conjunto constituyen la Revelación— tuvo lugar dentro de la comunidad de fe de Israel. Existe una relación inseparable entre la iniciativa de Dios, a menudo dirigida a un solo individuo que actúa como mediador (como Moisés, un profeta, un juez u otras figuras), su comprensión personal de la voluntad de Dios y la transmisión de esa voluntad al pueblo, y finalmente el reconocimiento (a veces no inmediato y precedido de malentendidos o incluso rechazo) de esa palabra como proveniente de Dios. Podemos resumir todo esto diciendo que la Revelación ha sido reconocida y acogida por la comunidad de fe, que es el pueblo de Dios.

Un claro testimonio de la relación constitutiva entre la Revelación y la comunidad creyente se manifiesta en el proceso de dar forma a las Escrituras a partir de las tradiciones de fe de la comunidad. La Pontificia Comisión Bíblica resume este proceso (en relación con el Antiguo Testamento) en un documento de la siguiente manera: «Determinar el origen de cada libro suele ser difícil. [...] En muchos casos, hay que conformarse con hipótesis, basadas principalmente en observaciones derivadas del estudio crítico de las formas, la tradición y la redacción. Se puede deducir que los preceptos tradicionales se reunieron en colecciones, que se fueron incorporando progresivamente a los libros del Pentateuco. Algunos relatos tradicionales también fueron escritos y recopilados; los textos narrativos y las normas de conducta se organizaron juntos. Algunos oráculos proféticos se recopilaron y agruparon en libros que llevaban los nombres de los profetas. También se recopilaron textos sapienciales, salmos y relatos didácticos de épocas posteriores».³⁵ El mismo documento describe la formación de los libros del Nuevo Testamento de manera similar: «En el cristianismo primitivo, se observa una evolución similar a la del

³⁵ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío y sus escrituras sagradas en la Biblia cristiana* (2001), n. 9.

judaísmo, con una diferencia inicial: los primeros cristianos, desde el principio, las Escrituras, porque, al ser judíos, reconocían la Biblia de Israel como Escritura; de hecho, eran las únicas Escritura que reconocían. Pero a estas se añadió una tradición oral, «la enseñanza de los apóstoles» (Hechos 2,42), que transmitía las palabras de Jesús y el relato de los acontecimientos relacionados con él. La catequesis evangélica se fue configurando gradualmente. Para asegurar mejor su fiel transmisión, las palabras de Jesús y algunos textos narrativos se pusieron por escrito. Esto allanó el camino para la redacción de los Evangelios, que tuvo lugar pocas décadas después de la muerte y resurrección de Jesús.»³⁶

Por lo tanto, se puede decir que la Tradición dio origen a la Escritura dentro de la comunidad creyente. Y es evidente que el objeto de la Tradición, del largo y gradual proceso de recopilación, reflexión y selección de material de las diversas tradiciones, no era otro que la comunidad creyente: primero la del Antiguo Testamento y, posteriormente, la del Nuevo Testamento. Podemos designar a esta comunidad simplemente como «la Iglesia», puesto que es la entidad que, en continuidad con el pueblo de Israel, conserva la Revelación en su integridad (Antiguo y Nuevo Testamento), reconociendo en Jesús su plenitud y cumplimiento. En resumen, «la Biblia fue escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo».³⁷

Sin embargo, el papel de la comunidad creyente no se limitaba a reconocer la Revelación y conservar su memoria en las Escrituras; la comunidad es también el lugar donde la Revelación se comprende cada vez más profundamente y se utiliza para iluminar nuevas situaciones que se presentan. Ahora queremos examinar este segundo aspecto del vínculo constitutivo entre la Revelación y la Iglesia.

4.2 Comprensión y aplicación de la Revelación

Por consiguiente, la Revelación fue recibida y preservada en el seno de la Iglesia, donde gradualmente tomó forma en la Sagrada Escritura, testimonio escrito de la Revelación misma. Sin embargo, como la PCB especifica en el documento citado anteriormente, «el cristianismo comparte con el judaísmo la convicción de que la revelación de Dios no puede expresarse en su totalidad en textos escritos».³⁸ De hecho, los textos sagrados dejan abiertas numerosas cuestiones de interpretación y aplicación. Pero tras un análisis más profundo, a un nivel más fundamental, la insuficiencia del texto escrito se debe no sólo a las limitaciones de la capacidad

³⁶ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío y sus escrituras sagradas en la Biblia cristiana* (2001), no. 10.

³⁷ BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica *Verbum Domini* (2010), no. 30.

³⁸ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío y sus escrituras sagradas en la Biblia cristiana* (2001), no. 10

humana de comprensión, sino, aún más fundamentalmente, al hecho de que la Palabra de Dios es la Palabra en persona, y la Revelación es la autocomunicación de Dios mismo, y no un simple conjunto de verdades que puedan codificarse de forma completa y exhaustiva.³⁹ El Cuarto Evangelio concluye de manera significativa, diciendo: «Hay también muchas otras cosas que hizo Jesús, que, si se escribieran una por una, creo que ni aun en el mundo cabrían los libros que se escribirían» (Juan 21, 25).

La inmensa riqueza de la Palabra de Dios y la necesidad de interpretar y actualizar correctamente la Biblia explican por qué, en la Iglesia, junto a la Escritura, la Tradición desempeña un papel esencial. Como acabamos de ver, la Tradición no solo dio origen a las Escrituras, sino que «en la Iglesia conduce a una comprensión más profunda y hace que las Sagradas Escrituras mismas sean continuamente operativas».⁴⁰ Este proceso de comprensión y actualización de las Escrituras se da en la Iglesia como en una sola entidad: es, de hecho, fruto, como veremos mejor más adelante, no de la obra de individuos autónomos e independientes, sino de múltiples contribuciones que se iluminan y complementan entre sí. La suma de estas contribuciones, provenientes del sentido de fe del Pueblo de Dios, de las expresiones litúrgicas, de las enseñanzas de los pastores desde los Padres de la Iglesia, del estudio de teólogos y doctores de la Iglesia, y de la experiencia de fe de los santos, constituye la Tradición de la Iglesia.

La Tradición crece y progresa con el tiempo, y por ello se le llama viva. Vivo, también, es su sujeto, la Iglesia. Pero una razón aún más poderosa para llamar viva a la Tradición es el hecho de que está animada por el Espíritu Santo. «Es pertinente recordar aquí la enseñanza del discurso posterior a la Cena sobre el papel del “Espíritu de la verdad” tras la partida de Jesús. Él les recordará a los discípulos todo lo que Jesús dijo (Jn 14,26), dará testimonio de Él (15,26), guiará a los discípulos “a la verdad plena” (16,13), proporcionándoles una comprensión más profunda de la persona de Cristo, de su mensaje y de su obra».⁴¹

A continuación, exploraremos la relación entre la Sagrada Escritura y la Tradición a la luz de las enseñanzas del Concilio. Aquí, basta señalar que, de lo dicho, resulta evidente que la Iglesia es el sujeto que no sólo ha recibido, sino que también comprende de manera siempre presente la Revelación que conserva en el «único depósito sagrado»⁴² constituido por la Sagrada Escritura y la Tradición. Por lo tanto, no hay otro lugar que la Iglesia, con su Tradición vivificada por el Espíritu, en el que pueda llevarse a cabo esa actividad de reflexión racional sobre la Revelación que es la teología. En cuanto al trabajo teológico, podemos remitirnos a lo que afirma

³⁹ Al respecto ya habíamos abordado porqué el cristianismo no se puede designar como una “religión de libro”.

⁴⁰ CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, no. 8.

⁴¹ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío y sus escrituras sagradas en la Biblia cristiana* (2001), n. 10.

⁴² CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, no. 10.

un punto del Catecismo de la Iglesia Católica respecto a la manera correcta de «leer» la Sagrada Escritura:

«Según un dicho de los Padres, "sacra Scriptura principalius est in corde Ecclesiae quam in materialibus instrumentis scripta"—La Sagrada Escritura está escrita en el corazón de la Iglesia antes de ser escrita en instrumentos materiales». En efecto, la Iglesia lleva en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios, y es el Espíritu Santo quien le da su interpretación según el sentido espiritual ["secundum spiritualem sensum quem Spiritus donat Ecclesiae": Orígenes, *Homiliae in Leviticum*, 5, 5].⁴³

⁴³ CEC, 113.